

a la fresca agua y a la dura piedra,
a la aromada flor, la triste hiedra,
a todo aquello en que palpita Dios.

Ven, pues, y recomienza tu campaña
contra tanta ridícula cucaña,
contra tanta espantosa pequeñez,
se vestirán de flores las praderas
y las pobres palomas prisioneras
cantarán al librarlas tú otra vez.

Ven, y que vean las concupiscencias,
adueñadas de múltiples conciencias,
tu austera abnegación y tu humildad,
tu sayal, de la más pobre pobreza,
en desnudez la planta y la cabeza
sin otro sello que tu majestad.

Ya olvidaron los hombres la dilecta
definición de la alegría perfecta
con que instruyeras al hermano León;
la alegría de hoy es grosería
que acongoja al espíritu en la fría
banalidad de su desolación.

Como cuando venías de Bolonia
sin séquito, ritual ni ceremonia,
a tu rincón de celestial amor,
vuelve otra vez, de tu camino el cardo
te prometo apartar, y si Bernardo
quiere venir... bendito sea el Señor!

El mundo ya no sabe que es impío
mientras que haya quien sufra de hambre y frío
vivir en un festín de Baltasar,
cuando tú nos legaste hasta el ejemplo
de ni siquiera orar bajo tu templo
sino bajo el azul, que es noble altar.

3

Dije...y tanto fervor puse en mi acento,
tan alto levanté mi pensamiento,
de mi dolor bajé hasta la raíz,
que en la mañana clara y olorosa
ante mi vista apareció la hermosa
y adorable figura del de Asís.

Venía con aquel mismo semblante
con que allá en la Porciúncula distante
en éxtasis se alzaba hasta el Señor,
los labios, florecidos de oraciones,
las manos hechas a las bendiciones
y el corazón, fragante ascua de amor.

Habló el primero: lírico, sublime,
con esa frase en que el dolor no gime
porque el dolor es transitorio y ruín,
me describió la fe de su doctrina,
la lumbre que lo orienta y lo encamina
del lejano horizonte hasta el confín.

4

Y dijo el Santo: «Hay un estridente
grito de pesimismo por doquiera:
toda boca maldice, injuria o miente
y es un dolor la humanidad entera.

«Se quejan todos de que triunfa el dolo,
de que la fe es flor que ya no existe,

y que de polo a polo
el hombre va, malhumorado y triste.

«Y en verdad te confieso, hermano mío,
que el cuadro no es tan trágico ni adusto:
por los caminos hay más de un impío,
pero encontré también a más de un justo.

«Hay que entender que es de la humana esencia
que el bien y el mal por siempre irán unidos,
y que hasta la más íntima conciencia
bajan esos dos polos confundidos.

«Todo tiene en el plan preconcebido
su curso señalado,
y nada escapa a él desde el latido
hasta el más noble afán de lo creado.

«Y el que más se lamenta del ajeno
desliz, del desamor y la falacia,
no será de seguro ese el más bueno
ni el menos responsable en la desgracia.

«Ten un poco de amor para las cosas,
aconsejó el poeta;
amar, amar... y todas las odiosas
pasiones concluirán, tal la receta.

«Y es que el amor es clave bendecida
para la dicha humana,
amor es santidad, es fe encendida,
abnegación y caridad cristiana.

«Y mientras, aguardad pacientemente
que obre la evolución reguladora,
que el mal no puede serlo eternamente
ni el bien puede triunfar en una hora».

5

EL POETA:

—Dame tu luz, hermano, que en la entraña
de la noche del mal el odio anida.

SAN FRANCISCO:

—No busques luz extraña
si tienes la que Dios puso en tu vida.

EL POETA:

—¿Dónde está el bien, la senda que conduce
hacia la perfección?

SAN FRANCISCO:

—El hombre, hermano,
se enamora de todo lo que luce,
suspira por el bien, y está en su mano.

.....
Fué borrando sus líneas, suavemente,
la figura evangélica del Santo,
pero quedó vibrando en el ambiente
el eco de su voz, vertida en llanto.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO.

Set. 922 San José, C. R.